

Acerca de la diferencia ¿Salud? ¿Enfermedad?

Por Marta Santore

Marta Santore. Antropóloga. Psicoanalista. Ex directora de la Escuela Superior de Sanidad, Ministerio de Salud Prov. de Buenos Aires, Argentina. Ex docente de la Facultad de Psicología (UBA).

Capítulo del libro "*Acerca de las diferencias*" (*a quinientos años del descubrimiento de América*), Edit. Huancar, Buenos Aires, 1990 [agradecemos a la autora la autorización para su publicación].

Hay dos paradigmas que dan cuenta de la dominación, que entendemos fundamentalmente cultural y afectan la identidad de los pueblos; el de educación y el de salud. El proyecto liberal en nuestro país los confunde intencionalmente con la ideología cultural y opera desde ellos en las estructuras mentales, produciendo un proceso de deculturación.

¿Qué efectos tiene la ideología cultural que estamos intentando descifrar en lo que se llama desde el sistema salud-enfermedad?

Quizás sea pertinente aclarar que el modelo médico hegemónico, paradigma teórico que obviamente produce efectos, es expresión de un marco ideológico global, de lo contrario puede aparecer como autárquico, cuando en realidad se trata de una manifestación que se consolida y desprende con y de la ciencia positiva del siglo pasado. Como tal se plantea a sí mismo como apolítico, universal, único.

Se presenta como un instrumento de lucha contra la enfermedad, con aval de eficiencia científica. Se postula contra el mal, la enfermedad, la muerte. ¿Quién podría cuestionarlo? Males cuyas causas se mantendrán en el desconocimiento para los conjuntos sociales, sólo el poder médico las conoce, no hay transmisión fuera del grupo, lo que le da poder mágico. Como magia sería suprema porque se presenta como eficaz para todos los pueblos.

Mientras que en cualquiera de las culturas llamadas por Occidente "primitivas", la eficacia mágica es pertinente a cada una. Estos pueblos suelen llamar universal a lo propio, más cerca de la idea jauretchiana de que lo nacional es lo universal visto por nosotros mismos, que la idea occidental de que lo propio debe ser impuesto al mundo.

En esta universalidad ajena, la enfermedad aparece como una categoría abstracta. En esta ideología que universaliza a partir de rasgos, el último dominante es la tecnología que se aleja de la cultura en tanto configuración simbólica de sentidos, y tiene efectos singulares en salud, no sólo por la consideración biológica del cuerpo sino además por la automatización claramente expresada en las especialidades de la medicina, donde la enfermedad aparece como una parte disfuncional que amenaza el equilibrio.

No hay análisis de la configuración integral, que en ese momento está expresando el cuerpo de una persona, lo que implica descifrar los sentidos posibles de un síntoma que incluye el contexto sociocultural. Esto significaría empezar a pensar a una persona afectada en otro marco de comprensión de las relaciones de poder y se pondrían en juego otras eficacias posibles, otras prácticas de cura. Vale comentar a manera de ejemplo que las lamentables enfermedades endémicas de nuestra América no son las causales más notorias, numéricamente, de muerte, éstas son en todos los casos económico-sociales y allí, justamente, la cultura genera sus defensas. Cuando por razones también socio-económicas se producen emigraciones, las enfermedades se complican y en muchos casos devienen en muerte. Esto sucede tanto como efecto del desarraigo con la pérdidas de las defensas que da la pertenencia como cuando se producen intromisiones de afuera en las comunidades. En ambos casos se rompe la configuración cultural, experiencia de la que el colonialismo ha dado pruebas más que suficientes.

En nuestra historia contamos con el caso de una eliminación de enfermedad endémica como el paludismo durante la gestión del Dr. Carrillo en el gobierno peronista 45-55 por eliminación de las causas socio-económicas. Mientras que con posterioridad otra enfermedad endémica de mayor extensión y perjuicio como el mal de Chagas ha generado la inversión permanente de recursos económicos y humanos considerables en investigaciones múltiples, cuyos resultados nunca se traducen en eficacia en la población, sí, darán seguramente datos a la ciencia. Recientemente las campañas de educación para la salud puestas en práctica por el Frente Sandinista en Nicaragua; con el protagonismo permanente del pueblo y la utilización de su saber cultural permitieron la eliminación de enfermedades endémicas. Al ponerse en práctica otra concepción de las relaciones de poder presentes en educación, se evidencia una eficacia real desde la cultura propia y la incorporación de los conocimientos que la medicina occidental podía aportar incorporados por las comunidades y no impuestos por la secta médica.

El poder médico en su acción se ha mostrado ineficaz para combatir las enfermedades endémicas, por más caros y sofisticados que sean los instrumentos técnicos que utilicen. Su carácter de asocial, ahistórico le hace creer que puede usar las mismas tecnologías en cualquier lugar y que se pueden producir transformaciones en salud al margen de las relaciones sociales de poder.

Los pueblos latinoamericanos están enfermos de ser tratados como objetos, no se puede intentar curarlos de algo, de esa misma consideración. En todo caso la medicina como la psicología tratarán de adaptarlos a esa situación eludiendo o eliminando el conflicto.

En cuanto a la salud de los trabajadores de la industria, este modelo que ya entra en crisis en los '60, pero sigue en vigencia, se preocupa fundamentalmente por los accidentes de trabajo, que alteran el proceso productivo. Hay que cuidar el capital humano que forma parte del producto final, y el tiempo perdido en interrupciones accidentales, es capital, siendo además obvio que la mayor parte de los accidentes tienen que ver con máximo aprovechamiento en menor tiempo, además del incumplimiento de las medidas de seguridad. Pero esto intenta ser la descripción de una realidad industrial en un punto de las relaciones de producción, a partir del cual se pueden hacer distintas interpretaciones descriptivas o críticas ¿Tiene que ver con nuestra realidad?

El tema del tiempo y la producción parece más coincidir con "la clase obrera que iría al paraíso" en los países centrales, que con la desocupación y ocupación disfrazada que viven nuestros pueblos.

La desocupación por otra parte pone al desnudo la decisión política de dejar los pueblos al margen, donde los que tienen trabajo pasan a ser afortunados, pero paradójicamente tiene por lo

menos dos y alguna changa ¿de qué trabajo se trata? ¿Es productivo? Es una crisis de un sistema económico impuesto al mundo. Pero lo que es seguro es que los problemas planteados por el post-industrialismo en los países centrales no son los nuestros.

Lo que sí podemos pensar en términos de lo accidental es que Occidente trata como tal a las enfermedades, como no se hace cargo de las determinaciones verdaderas, aquellas serían las que ponen en escena "casualmente" los conflictos, que para nosotros son vida y para Occidente en su ideal de armonía y equilibrio, son muerte y amenaza de tal. A partir de tal creencia hay que terminar con ellos, eliminarlos, taparlos, no preguntar. Para Occidente lo enfermo distorsiona un orden que atenta con su ideal.

En el presente siglo es imposible escindir el biologismo de la ciencia del racismo social, se potencian mutuamente. La medicina cuenta de sus prácticas discriminatorias, en su mercantilización, a través de los tratamientos jerarquizados en los mismos hospitales públicos llamados "abiertos". Esta apertura quiere decir que según las posibilidades económicas habrá trato diferenciado. Pero la más patética discriminación en nuestro medio, ya ni siquiera es ésta, porque importante número de población no tiene acceso a los hospitales ya que no tiene medios económicos para llegar a ellos.

Después de haber destrozado durante siglos el saber de los pueblos en relación a prácticas de cura y medidas de prevención, se genera la peor y más completa dependencia de un modelo de dominación como el médico, ya que es ideológica, económica y política, para después arrojar a las mayorías fuera de esa atención y con la pérdida de lo propio, una vez más condenada a muerte. Muerte y locura, la más patética de las discriminaciones se ejerce con los "enfermos mentales".

En 1982 pasa a intervención en el hospital Borda de nuestra capital un supuesto enfermo, proveniente de Saenz Peña (Chaco), con el diagnóstico de "paleo-esquizofrenia". Este diagnóstico dado en Chaco es aceptado aquí sin obstáculo. Sobran los comentarios acerca del racismo lombrosiano vigente entre nosotros. Este hombre así tratado por la psiquiatría era un toba, por una cuestión digamos azarosa, alguien se ocupó de él, y escapó de la condena. Obviamente ni era paleo, ni era esquizofrénico; quizá, simplemente no conocía la lengua de la "civilización", por lo tanto no había entrado en la historia, era prehistórico para el modelo occidental, era de la "edad de piedra".

Volviendo al modelo medico debemos señalar que a pesar de que la mayoría de sus críticos señalan su crisis a partir del '60, este modelo nunca fue eficaz para los pueblos: no se concibió para eso. La no respuesta a los problemas sociales concretos descubre su ficción y la amenaza. Los efectos del neo-colonialismo en América Latina lo hacen estallar, y desnuda la tragedia de este modelo, que se desarrolló a costa de la explotación y la sangre de nuestros pueblos, y por lo tanto no podía más que estar al servicio de su muerte, nunca de su vida. Sin consideración del hambre, la desnutrición, la desocupación, las condiciones de trabajo, sólo quedan las causas individuales y orgánicas y éstas en América Latina son insuficientes e ineficaces.

Hacia el fin de siglo a la ideología del equilibrio ya no la sostiene ni la expulsión, ni la eliminación de los que arrojaron al margen. No le alcanza toda la periferia, el horror se vuelve hacia el centro. Las curas, reparaciones o extirpaciones que propone el mecanicismo occidental en medicina como en teoría política muestran cada vez más inconsistencia. Parece que todo no es reparable en la máquina. A pesar que la modernidad ha incluido variantes en la relación médico-paciente y cuenta con el aporte de la psicología básicamente norteamericana que intenta explicar lo social desde proyecciones individuales, desplazando el conflicto.

El lugar del médico como de cualquier curador estaría entre la enfermedad, la persona y la cultura. Ayuda a reencontrar un lugar que devuelva un sentido, que los reinstale en la cultura. Esta articulación en la medicina es fallida por tener un código universal abstracto, impertinente. No hay medición posible, sólo imposición. A partir de una concepción de salud que descuenta la condición cultural del hombre se genera violencia, se enferma.

La función de mediador es un lugar tercero ubicable entre el enfermo y su cultura, en ese hiato, hendidura que deja el desencuentro, desencadenando la enfermedad. Cuando se produce la cura, la mediación vuelve a ser de la cultura sin el requerimiento de una función específica como la del curador, que por otra parte está contenido en ella, al igual que el enfermo.

En el occidentalismo que nos impusieron, el médico como el educador, vienen de afuera, imponen otro código, son extraños, tanto como tradicionalmente se considera la enfermedad como algo que viene de afuera, sus causas nunca son intrínsecas. Se trata de una civilización que no puede implicarse en causales de desorden alguno, por considerarse a sí misma razón de equilibrio, por lo tanto éste debe ser llevado por ella a los pueblos considerados "primitivos", suponiendo que éstos no conocerían orden alguno.

Por otra parte la consideración de la enfermedad tiene un signo moral, como la ideología de la "civilización", es un castigo o una redención al igual que la muerte. A partir de la división en clases sociales, esas connotaciones se repartían según el privilegio. Esto se da en el plano de la interpretación, en tanto en el marco de las relaciones de poder la enfermedad es algo que debe ser eliminado como sea. Se podría pensar que esto es común a cualquier cultura, pero el matiz occidental es que como recae en el "individuo" y se suma a la intolerancia de la civilización a la alteración del modelo, la enfermedad, lo que no funciona, si no se puede eliminar, se terminará con el individuo, grupo o pueblo, porque el equilibrio no puede ser alterado.

Lo que se llama enfermo no está fuera de la configuración cultural, por lo menos así lo han entendido la mayoría de las culturas y es observable aún en las épocas que Occidente no influyó totalmente, o en las creencias o ideas populares que resisten, donde lo que altera se entiende en el seno de la cultura y se elabora desde allí colectivamente.

A esta altura es casi obvio que la concepción liberal individualista de la cultura, su economía capitalista y su basamento biológico "científico" confluyen al modelo médico. Desde allí no pueden ser atendidos más que individualidades con la ficción que esto implica.

Las eclosiones sociales se producirán marcando la impotencia del modelo, mostrando en los momentos de crisis cómo el actual, su total ineficacia frente a las pestes, epidemias, enfermedades sagradas. Lo sagrado en las culturas no occidentales es lo social. Las enfermedades, que importantes pensadores dentro del mismo Occidente llamaron sagradas, lepra, sífilis, cáncer, SIDA, expresan y denuncian la exclusión, la marginación permanente que el sistema social genera. La locura quedó como el paradigma que recorre todos sus tiempos. Una civilización que no tolera diferencias, no soportaría una, inexplicable para la ciencia, y advertida como denunciante en palabras. Locura viene de "locus", lugar, lugares dejados al margen que estallan en la mente o en el cuerpo de acuerdo a la división que la civilización impone.

A todo aquello que ponga en escena la pérdida, su posibilidad, en relación al equilibrio, el Occidente impone encierro o exterminio. Los primeros lugares de encierro incluyeron vagos, locos, ociosos...

La figura "la nave de los locos" que viene en dicha civilización de las postrimerías del medioevo representa la otra cara del encierro, se embarcaban aquéllos que habían perdido la razón, iban en su

búsqueda. Encierro, exclusión o exterminio. En la búsqueda algunos llegaron a América, como no la encontraron, enviaron rápidamente cuerdos que la impusieran. Los barcos expresan el deambular de algo que no se resuelve, que se repite, la intolerancia a las diferencias, los judíos fueron puestos en barcos. Contemporáneamente en nuestro medio, hemos tenido siniestros barcos, también aviones, gracias al avance técnico, como la expresión más patética del "Fuera de lugar". ¿Llegará Occidente a usar naves espaciales para expulsar hacia otros planetas lo que no tolera de su especie?

La civilización de la continuidad y el progreso tiene mucha repetición, con la muerte que esto implica. No se puede negar su coherencia, el tratamiento de los que alteran el orden lógico es equivalente al de los que alteran el orden social, las metodologías son coincidentes, exclusión, encierro o exterminio real o nominal (imposición de olvido). Podemos recordar entonces que el modelo y sus técnicas para tratar la enfermedad son una expresión de la ideología global.

Recordemos la semejanza entre el tratamiento dado a los locos y a los nativos de nuestra América. Se podría seguir preguntando por qué tanto enañamiento con la locura de parte de la civilización de la Razón. Quizás porque por más esfuerzos que se hicieran para encuadrarla en lo orgánico, la palabra sigue irrumpiendo, como en lo social y no precisamente con la lógica del sistema. Entonces hay que silenciarla como sea, ya que abre sentidos no encuadrables. De la misma manera que a los americanos por más que se los tratara de incluir en el orden natural, irrumpían como humanos y generaban cultura.

Se encierra la palabra y la psiquiatría, en este caso, habla por la razón y el equilibrio. Hablan en nombre de los crónicos, como los políticos actuales de cualquier signo hablan en nombre de los pueblos.

A los crónicos se los trata de reducir a lo biológico, olvidados, dejados sin palabra, por efecto del encierro, cóctel de drogas o electroshock ¿No se utiliza la droga para que los pueblos sean más dependientes, adictos no dichos?

La civilización del equilibrio tiene que controlar la palabra -¡ese privilegio humano!- porque es dislocado. También tiene que controlar los sentimientos que suelen alterar la razón. Lo mejor es la asepsia, llevada al colmo, en la situación límite de la muerte. Los rituales de acompañamiento que la condición humana elabora en cada cultura como antesala y posterioridad de ese pasaje, ya no tiene ni siquiera el limitado entorno familiar, sino una sala de terapia intensiva, luego una operación comercial y algún oficio religioso mecanizado.. Todo en manos de profesionales asépticos y oficiales.

El modelo nos ha dominado a tal punto con esa ideología que trasgrede la condición humana, que se puede llegar a creer que luego desde esa concepción se puede hablar de defender los derechos de los humanos. Desde una civilización que ha llegado a privar del lugar sagrado e inalineable en toda cultura, a los muertos, a nuestros muertos.

Muchos son los NN, muertos, locos, desocupados, niños, ancianos. A los sabios de otras culturas, en la gran civilización se los encierra en depósitos y se los transforma en receptores de medicamentos impuestos por la ciencia médica. NN los pueblos. Esta es la civilización de un humanismo donde lo humano no cuenta, no se cuenta.

En el sistema social generado por tal "civilización", ¿se puede hablar de salud? Nuestra América tiene la humanidad, lo saludable de la lucha de sus pueblos, su resistencia. Debemos pensarnos desde sus restos de sabiduría.